

LA CASA DE LIDIA

LECTURA SIMBÓLICA

DE HCH 16,6-38

Algunos presupuestos

Nuestro campo de acción comporta dos polos, que son el mundo exterior y el mundo interior. De un lado nos encontramos el mundo de la realidad concreta, del otro un mundo que emerge en nuestra propia interioridad. Estas dos dimensiones –la realidad física y el mundo de los anhelos y del imaginario, de los pensamientos y de las ideas– están cada una junto a la otra, en total interdependencia y tensión fructífera.

El *símbolo*, es el mediador entre una y otra dimensión. Sus signos, cargados de sentido, proceden del mundo físico, pero llevan al mismo tiempo hacia una realidad que lo sobrepasa y a la cual conducen. Así san Agustín:

“El hombre interior es quien conoce estas cosas por ministerio del exterior; yo interior conozco estas cosas; yo, Yo-Alma, por medio del sentido de mi cuerpo” (Conf. X, 6,9).

Esto que vemos y entendemos, esto que tocamos o sentimos, o gustamos, se ofrece a la experiencia de nuestros sentidos, más aún, nos deja adivinar una realidad más profunda que escapa a la clara percepción de los sentidos, y por lo cual conviene aproximarse con circunspección. Las cosas, ellas mismas, deben ser consideradas con seriedad y miradas muy de cerca, porque es solamente así como nosotros comenzaremos a descubrir su estructura oculta.

* Pbro. Dr. Ricardo Ramos Blassi, nació el 20 de marzo de 1962, ordenado sacerdote para la Arquidiócesis de Montevideo el 7 de diciembre de 1990. Doctor en Teología Dogmática, especializado en arte cristiano antiguo y medieval. Docente en la Facultad de Teología del Uruguay “Mons. Mariano Soler”; artista iconógrafo; actualmente es párroco en Montevideo y Vicario episcopal para la catequesis de la arquidiócesis.

El mundo manifiesto debe ayudarnos a hacer más comprensible el mundo oculto. Partiendo del consciente, nosotros nos dirigimos a tientas hacia el inconsciente: en cuanto al mundo terrestre, debe tender a señalar también el mundo divino. Es por esta razón que se puede decir que el símbolo es el punto de convergencia entre los mundos, el mediador entre el exterior y el interior, ya que él participa de una y otra dimensión¹.

En este sentido, **“la casa de Lidia”** (Hch 16,40), *“vendedora de púrpura”* (Hch 16,14), puede llegar a significar una *obertura* a un mundo interior que, como un caracol de púrpura, debe ser conmocionado en su caparazón para que nos regale en las aguas el tono profundo que sólo la luz despertará. Lo que sucede en el ágora, lugar de los ancestros y héroes de la ciudad, puede revelar algo del mundo interior, de las zonas profundas, allá donde deben descansar los muertos... En fin, lo que se dice en lo secreto, en las profundidades de la “cárcel interior” saldrá a la luz en la fiesta cósmica de la casa.

En Filipos los oráculos se venden, benefician a sus comerciantes y no a la polis. “Pitón” (la serpiente) anda por las calles reconociendo el origen de la enseñanza de los discípulos Pablo y Silas, pero no integran a sí mismos la verdadera realidad divina. Para la Antigüedad, la serpiente viene del *“adytis abimis”*, de los abismos ocultos, y en Delfos, es en el Adyton, en el lugar impenetrable y más sagrado, donde reposa Pitón. Por cierto que fue considerada también como el portero de los infiernos, la serpiente del Hades. A las serpientes infernales las combaten los dioses uránicos: Zeus mata a Typhon, Apolo a Pitón..., héroes de origen asiático, que matan a las serpientes en su cuna².

En la sociedad tecnológica actual, quizá el problema no está en la pérdida del simbolismo o en la incapacidad de percibir el símbolo (por ejemplo todo el mundo de la propaganda, el “tiempo libre”/vacaciones-reposo, que no escapan a este flujo de fragmentos simbólicos, que no encuentran más su correspondencia, oscilando entre la insignificancia y la exacerbación), sino en vivir un *simbolismo anárquico*. No es la incapacidad para con la realidad simbólica lo que se ha perdido, sino una *“mitología”*: la posibilidad de constituir un universo de formas simbólicas, que las articule sobre un universo de pensamiento. Dicho de otra manera, falta una *tradición viviente*, cualidad que se prueba por la moderación aportada en el uso de las formas recibidas, y el llamado que hace a una creatividad³.

¹ BETZ, O., *Le monde du symbole. Pour une compréhension approfondie de la vie*, Ed. Dangles, St-Jean-de-Braye (France), 1997, pp. 21 ss.

² HAUTECOEUR, L., *Mystique et Architecture. Symbolisme du cercle et de la coupole*, Ed. J. Picard, Paris, 1954, pp. 13-14.

³ MARTY, F., *Symbole*, en: *Dictionnaire d’Spiritualité: ascétique et mystique*, Tomo XIV, fasc. 95, cols. 1364-1383, Beauchesne, Paris 1990.

Hoy podemos escuchar muchas cosas, sentir, ver, ser bombardeados por todo tipo de sensaciones y señales ópticas, pero es totalmente vano, sin efecto, si no despertamos en nosotros mismos un mundo interior correspondiente.

El ser humano debe familiarizarse con sus propias profundidades por medio de la **abundancia de imágenes**. Es gracias a la gran aventura de conocerse a sí mismo, al viaje de reconocimiento de los lugares interiores, como llegamos a la condición preliminar para poder aprehender con un ojo nuevo el mundo exterior. Así dice Nicolás de Cusa al respecto: “*Si tú buscas en tu camino al no-visible que está superpuesto a lo visible, nada podrá mejor hacértelo descubrir que la imagen de Dios que está en ti mismo*”⁴.

Conquistar el secreto de la púrpura (antiguo arte de los fenicios, por cierto famosos por sus “viajes”...), será el modo como veremos pasar de lo visible, por medio de la luz, a la tonalidad de lo invisible. En este sentido, quiero realizar una lectura simbólica del relato bíblico. Como dice R. Kuntzmann, “el símbolo es el punto de pasaje del universo de la simple investigación hacia aquel de la recepción del sentido del acontecimiento. Es el símbolo que vuelve para hacer hablar a los acontecimientos, pero el sistema simbólico no es generalmente el dato más visible en los textos. Él se apoya sobre elementos que pueden aparecer como secundarios o insignificantes”⁵.

Un espacio de transformación

Lidia “obliga” a Pablo y a Silas a “quedarse en su casa”. Es raro que Pablo se quede en la casa de aquellos a los que les anuncia la Palabra⁶. Permanecer en la casa luego de ser bautizados ella y los de su familia, pareciera ser como el preámbulo de todo lo que vendrá. Más aún, pensando que el itinerario que siguen Pablo y Silas en el relato siguiente, culminará también con el regreso a la casa de Lidia.

Luego de los impedimentos obrados por el “*Espíritu Santo*” (v. 6) o el “*Espíritu de Jesús*” (v. 7) para que Pablo no predicara en Asia, fue conducido por una visión nocturna hacia Macedonia. La visión es la siguiente: «*Un macedonio estaba de pie suplicándole: “Pasa a Macedonia y ayúdanos”*» (v. 9). La visión es clarificante para Pablo en lo que respecta al lugar donde Dios

⁴ O. BETZ, *op. cit.*, p. 25.

⁵ KUNTZMANN, R., *Jacob et le thème de la lute initiatique dans le livre de la Genèse. Pertinence et intérêt d'une lecture symboliste*, en: *Studies in the book of Genesis. Literature, redaction and history*, ed. by A. WÉNIN, *Bibliotheca Ephemeridum Theologicarum Lovaniensium*, CLV, Leuven-Paris 2001, pp. 538- 539.

⁶ Cfr. *Biblia de Jerusalén* en nota correspondiente a Hch 16,15.

quiere que se dirijan en misión, después de obstaculizar los primeros intentos de predicar la Palabra. Pero la visión es a su vez bastante escueta y por eso sumamente significativa: es un hombre que está “*de pie*” y a la vez suplica. La especificidad del estar de pie no debe pasar inadvertido –se podría suplicar de rodillas por ejemplo–. Un hombre de pie, es un hombre que manifiesta una plenitud, que ha conquistado de alguna manera su dimensión vertical, su hominización: es un hombre. Pero además precisa ayuda: es un hombre que debe ir más allá de lo que ha alcanzado, más allá de lo que alcanza su verticalización, por encima de ella: debe ser evangelizado (v. 10).

“Esta verticalidad no es una metáfora vacía; es un principio de orden, una ley de filiación, una escala a lo largo de la cual se experimentan los grados de una sensibilidad especial [...]. Formularemos entonces este principio primero de la imaginación ascensional: *de todas las metáforas, la metáfora de la altura, de la elevación, de la profundidad, del abajamiento, de la caída son por excelencia metáforas axiomáticas*. Nada las explica y ellas explican todo [...]. La valorización vertical es tan esencial, tan segura, su experiencia es tan indiscutible, que el espíritu no puede apartarse una vez que lo ha reconocido en su sentido inmediato y directo. No se puede hacer menos que el eje vertical para expresar los valores morales [...]. Es en el viaje hacia lo alto donde el impulso vital es el *impulso hominizante*”⁷.

El Espíritu es el que completará la personalidad cristiana, y si es cierto que una personalidad se desarrolla por la conciencia de, la posesión de sí y el don de sí, el rol propio del Espíritu es el de realizar este desarrollo⁸.

En cuanto caracterizado por la posición erecta, el hombre posee en sí las dimensiones de alto y bajo: de esta homogeneidad que el hombre reconoce entre la propia estructura/el propio esquema simbólico y aquella del cosmos, deriva la noción del hombre microcosmos. En nuestro relato, veremos que la imagen de la “casa” aparece justamente como otra imagen homogénea que refleja la propia estructura del hombre de una manera simbólica, restituyéndolo en su contemplación a su centro, profundidad y verticalización. “Al circular entre la visibilidad y la invisibilidad (el ser separado) está siempre a punto de partir para lo interior, de lo cual su casa, o su rincón, o su tienda, o su caverna, es el vestíbulo”⁹.

⁷ BACHELARD, G., *L'air et les songes: essai sur l'imagination du mouvement*, José Corti, Paris 1943, pp. 16-18, (cursiva del autor).

⁸ MOUROUX, J., *Je crois en toi. Structure Personnelle de la Foi*, col. Foi Vivante, 1954, pp. 82-85.

⁹ LEVINAS, E., *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Ed. Sígueme, Salamanca 1977, p. 174.

Como la ciudad, como el templo, la casa está en el centro del mundo, ella es la imagen del universo¹⁰. La casa es nuestro rincón en el mundo, nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa. Como dice Levinas: “existir significa... morar”¹¹. Los valores de este espacio habitado se nos revelarán de un modo concreto como un no-yo que protege al yo. Los recuerdos del mundo exterior no tendrán nunca la misma tonalidad que los recuerdos de la casa. Y cubrimos el universo con nuestros diseños vividos, tonalizados sobre el modo de nuestro espacio interior¹². La *via salutis*, el camino de la salvación, se dirige hacia la luz y hacia lo alto (como dominante ascensional) y al mismo tiempo hacia el Centro sagrado (como dominante de interioridad). En este recorrido (simbólica o dominante del camino), el hombre encuentra obstáculos y sabe que puede errar o caer. Justamente los obstáculos pueden venir expresados por imágenes que pueden significar la negación o el in-suceso del camino en adelante o hacia lo alto, o hacia el centro, así como la caída vertiginosa (dominante ascensional), la pasividad paralizante (dominante de interioridad), la falta de integración de los ritmos naturales en el propio proyecto espiritual (dominante cíclica: marcada en nuestro relato por la alternancia día-noche)¹³.

La posición erecta y por lo tanto de elevación que expresa el “macedonio” de la visión, expresa una posición dominante y significa fuerza, dominio, exaltación, altura, por lo que es asociada a la búsqueda de la luz, así como de la lucidez y la rectitud moral. Las familias asociadas a esta dominante simbólica pueden ser las de la montaña, el árbol, así como la escalera (insinuada en nuestro relato), y la luz. También la alternancia día/noche puede estar relacionada con el renacer, el nacimiento, que aparece en el relato, vinculado con el agua del Bautismo en la mazmorra. De ahí que el proceso de interioridad y profundización esté vinculado con los arquetipos del descenso: el de cavidad o en

¹⁰ CHEVALLIER, J, *op.cit.*, voz: “*maison*”.

¹¹ *Ibid.*, p.173.

¹² Dice Gastón Bachelard: «El inconsciente normal sabe estar a gusto en todas partes. El psicoanálisis ayuda a los inconscientes desahuciados, brutal o insidiosamente desahuciados. Pero el psicoanálisis pone al ser en movimiento más que en reposo. Llama al ser a vivir en el exterior, fuera de los albergues del inconsciente, a entrar en las aventuras de la vida, a salir de sí. Y, naturalmente, su acción es saludable. **Pues también es preciso dar un destino exterior al ser de dentro.** Para acompañar al psicoanálisis en esta acción saludable, habría que emprender un topoanálisis de todos los espacios que nos llaman fuera de nosotros mismos. Aunque centremos nuestras investigaciones en los ensueños de reposo, no debemos olvidar que hay un ensueño del hombre que anda, un ensueño del camino”: BACHELARD, G., *La poética del espacio*, FCE, Buenos Aires 1965, p. 41.

¹³ Cfr. DURAND, G., *Les structures anthropologiques de l'Imaginaire*, Bordas, Poitiers 1969.

nuestro caso el de mazmorra/sótano con valor de intimidad materna, que no llega a ser abismo, así como también la noche no es “infernál” sino benévola (en el relato Pablo y Silas cantan, y en esa noche acontece un nacimiento a una nueva vida). Estamos ante un relato con dominantes de descenso/ascensión (dominante ascensional); de interiorización/profundización (dominante de interioridad); elevación y fiesta de la salvación (luz). La dominante cíclica la veremos marcada por la dinámica del retorno a los orígenes a partir del agua, por la que se renace por el bautismo, en nuestro caso en la noche.

Como los símbolos poseen una carga afectiva, suscitan una reacción afectiva que induce un movimiento espiritual: el símbolo fija las energías síquicas o la movilidad para su servicio exclusivo, en vistas de una mayor integración. Dicha integración personal supone una mayor integración del ambiente cósmico natural, permitiendo una mayor continuidad vital que le permita el pasaje al mundo de los significados y a la unificación interior, que lo lleva a la pacificación de toda la personalidad¹⁴. Una mirada atenta a las riquísimas imágenes de nuestro texto pueden ayudarnos a una apertura integral e integradora de nuestras propias vidas. Nuestro relato está “cargado” de imágenes en vistas a esto. La misma imagen de “escucha”, que hace referencia al sentido del oído, es una imagen del “centrarse” de la personalidad (*Hch 16,11-14*): “... (*Lidia*) nos escuchaba. El Señor le abrió el corazón para que adhiriese a las palabras de Pablo”. Ya el órgano del oído recibe el sonido en el primer *laberinto* que deberá conducir al corazón. En nuestro caso la apertura, el centramiento (el corazón es imagen de ello) lo obra el mismo Dios (recordemos: “*Effatá*”: “*Ábrete*”, *Mc 7,34*). Pero también la “cárcel de dentro” (v. 24) es como un laberinto siempre oscuro y lleno de celdas que el mismo Dios abrirá, no permitiendo que salga nada que no deba salir...El laberinto es una metáfora del camino de la vida humana, que en el ámbito de la fe cristiana significa el camino hacia la Jerusalén Celeste y la salvación, como también la búsqueda de la vida interior. En este sentido Ch. A. Bernard dice:

“Forma parte esencial del símbolo el presuponer un movimiento expresado por el gesto. En efecto, más que por su contenido imaginal, el símbolo es significativo en razón de su dinamismo organizador: la montaña es invitación a la subida, el mar a la inmersión purificadora, el jardín al reposo. En la interpretación simbólica conviene pues, antes que nada, clarificar el sentido de la trayectoria: la ascensión espiritual puede ser significada por la escalera (aquella de Jacob, aquella de la virtud), del campanario, de la torre, de la montaña o, por qué

¹⁴ Sigo el pensamiento de BERNARD, Ch. A., *Teología Simbólica. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, Ed. S. E. Atenas, Madrid 1994, pp. 200-201.

no, del avión, menos subordinado a la necesidad natural, más bien el derivado simbólico del pájaro que sale libremente”¹⁵.

La “casa de Lidia” es un lugar de “profundidad”. El relator –san Lucas– nos ofrece una primera imagen de esto al referirse al oficio de Lidia: vendedora de púrpura. Esto le da una característica peculiar sumamente importante. La púrpura es extraída de un caracol de las profundidades del mar. El caracol es también un pequeño laberinto, en cuyo centro/corazón esconde una posibilidad de transformación: extraer el pigmento de color. En la antigüedad el color denotaba estatus. El caracol de púrpura será la fuente del color máspreciado de todo el imperio romano. El proceso era el siguiente: partidos los caracoles, se ponen en agua con un poco de ceniza para intensificar el color. Lo interesante es que cuando se extrae el líquido/color del caracol, es ¡incoloro! Sumergida la tela, luego deberá ser expuesta a la luz, lo que permitirá la transformación mágica. La luz es la que realiza dicha transformación. El color se intensifica cuando se seca, después de ser expuesto a la luz. Se agrega también que el “caparazón” del molusco marino es como una casa formada por una espiral armónica. La casa de Lidia seguramente tenía sótano –ya que además el caracol no se puede abrir a la luz–, debía ser en un lugar oscuro.

El color púrpura (violeta que oscila entre el rojo o el azul) genera determinada experiencia subjetiva: “Oscuridad, muerte y sublimidad en el violeta oscuro; soledad y abandono en el azul violeta; amor celeste y fuerza espiritual en el rojo-violeta; estos son, en síntesis, los fundamentales valores expresivos de este color”¹⁶. Mientras los colores claros representan el lado luminoso de la vida, aquellos oscuros simbolizan las fuerzas oscuras y negativas. Es la tinta relacionada con el inconsciente y el misterio. Y es a su vez el color más acogedor de todas las gamas posibles.

Según G. Bachelard, la casa significa el ser interior; sus distintos espacios simbolizan estados del alma. El sótano corresponde al inconsciente, el desván corresponde a la elevación espiritual. Santa Teresa habla del alma como de un castillo de cristal con muchas moradas. La casa es también un símbolo femenino, en el sentido de refugio, madre, protección, seno materno.

En nuestro relato de los *Hechos de los Apóstoles*, la “casa” enmarca un episodio de la vida y misión de Pablo y Silas en Macedonia, concretamente en Filipos: comienza y termina en la casa de Lidia la “vendedora de púrpura”, y en el medio una casa/cárcel, con alternancia de espacios al aire libre, plaza/ágora y el lugar más profundo de reclusión, la “cárcel de adentro” o mazmorra. En este sentido, “bajar” (...) a un mundo en la profundidad, a una morada

¹⁵ Cfr. BERNARD, Ch. A., “La funzione simbolica in spiritualità”, en “Tutte le cose”, p. 87.

¹⁶ Sigo las líneas de pensamiento de Johannes ITTEN, *Arte del colore. Esperienza soggettiva e conoscenza oggettiva come vie per l'arte*, Ed. Il Saggiatore, Milano 1982, p. 89.

que marca a cada paso su profundidad, es bajar también hacia nuestro interior. Es por esto importante prestar atención a las imágenes que se nos ofrecen en el relato y que se nos imponen en el descenso. “La *casa* se excava también por sí misma, echa raíces en el suelo, nos solicita para un descenso; le da al hombre un sentido del secreto, de lo oculto. Luego viene el drama; la casa no es tan sólo un escondite, sino también una mazmorra”¹⁷. En el sótano/mazmorra se ve al desnudo la fuerte osamenta de las vigas y fundamentos de la casa (que temblaron con el terremoto). Es útil, pero es ante todo *el ser oscuro de la casa*, que participa de los poderes subterráneos. Nos remite a imágenes de la irracionalidad de lo profundo. Jung por ejemplo se sirve de la polaridad sótano-desván/techo para analizar los miedos que habitan la casa:

“La conciencia se conduce ahí como un hombre que, oyendo un ruido sospechoso en el sótano, se precipita al desván para comprobar que allí no hay ladrones y que, por consiguiente, el ruido era pura imaginación. En realidad ese hombre prudente no se atrevió a aventurarse en el sótano”.

Pero justamente, integrando la polaridad que se da entre la parte inferior de la casa, el sótano/mazmorra y la superior, planta alta y también la buhardilla, por medio de ellas se asegura la verticalidad. La casa es imaginada como un ser vertical, que se eleva a la vez que se enraíza: es un fuerte llamamiento a nuestra conciencia de verticalidad. Pero a la vez la casa la podemos ver como un ser concentrado, por lo que es también un fuerte llamado a una conciencia de centralidad¹⁸: “(...) todo simboliza. Bajar, en ensoñación, a un mundo en la profundidad, a una morada que marca a cada paso su profundidad, es también bajar hacia nuestro interior. Si prestamos un poco de atención a las imágenes, a las lentas imágenes que se nos imponen en ese “descenso”.

Un “pentecostés” de las profundidades terrestres

El relato de Pentecostés de Hch 2, manifiesta el envío del Espíritu Santo expresado con elementos uránicos a la “hora tercia del día” (v. 15), al inicio del día: “un eco del cielo” y “viento violento” (v. 2) “que llenó toda la casa donde estaban sentados (actitud pasiva)”. Elementos auditivos, de tacto (experimentar el viento) y además visuales: “fueron vistas... lenguas como de fuego”. Las lenguas “se posaron sobre cada uno de ellos” (v. 3), y luego “se llenaron todos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar...” (v. 4). El itinerario es: 1) Eco-viento-

¹⁷ BACHELARD, G., *La Tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayo sobre las imágenes de intimidad*, Ed. FCE, México 2006, p. 287

¹⁸ BACHELARD, G., *La poética del espacio*, op. cit., p. 48.

casa, 2) fuego-apóstoles; se llena la casa y luego los apóstoles. El itinerario sensorial: oído, tacto, visión, proclamación (una palabra que se asocia a la imagen del “vino dulce” (*gleiúkous*, 2,13) y por lo tanto, al gusto de comunicar.

En nuestro capítulo 16, ¿podemos hablar de un pentecostés telúrico (*ctónico*)? Pablo y Silas, discípulos del señor, están en la “cárcel interior” (*esotéran fylakén* v. 24), la más profunda, la mazmorra. Están encepados (actitud pasiva) y a la “media noche” [cuando nos se puede hacer nada]: “*Caminen mientras tienen la luz,...el que camina en tinieblas no sabe a dónde va*” (Jn 12,35) y “*Jesús...se ocultó*” (Jn 12,36); “*Den gloria a vuestro Dios Yahveh antes de que haga oscurecer, y antes que se les vayan los pies sobre la sierra oscura, y esperen la luz, y él la haya convertido en negrura, la haya trocado en tiniebla densa*” (Jr 13,16)]. Es la noche del alma del discípulo. Pero sin embargo “*oran y cantan himnos a Dios*” (v. 25) que “*escuchaban atentamente los presos*”. Súbitamente (*ápsno*, al igual que el episodio del capítulo 2), un “*terremoto grande, hasta el punto de ser sacudidos los cimientos de la cárcel*” (v. 26). Se abren la puertas todas de la cárcel, se sueltan las cadenas y entonces *despierta el carcelero*. El carcelero *ve y saca la espada para matarse*. La “*voz fuerte de Pablo*” lo detiene.

Es cierto que en ningún momento se nombra al Espíritu Santo, aunque fue el Espíritu quien condujo hasta Macedonia/Filipos a los discípulos. Lo que sigue es obra de él, sabiendo que para Lucas es *el protagonista de la misión*. Que suceda “de improvviso”, utilizando el mismo término, nos conecta con Hch 2.

Hay otro elemento importante: “*cantaban himnos*”. En este sentido, el estudio de Ravasi sobre música y teología es sumamente iluminador, citando a H. Schlier en su comentario al texto de *Col 3,16-17*¹⁹ nos dice: “El canto de la Iglesia no es otro que una reiteración cultural, en forma dialógica, de la palabra misma de Cristo. En este sentido se puede decir que el canto llena a la comunidad del Espíritu Santo”²⁰. Y también:

“El canto surge de la Palabra y de ella se alimenta. Es por esto que el secreto cantor que hace aflorar de los labios nuestras voces es el Espíritu Santo. En efecto “*salmos, himnos y cánticos*” son “*espirituales*”, es decir movidos por el Espíritu”²¹.

Justamente, por dicha razón, el canto cumple una función reveladora

¹⁹ “*La Palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza; instrúyanse y amonéstense con toda sabiduría, canten agradecidos a Dios en sus corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados, y todo cuanto hagan, de palabra y de boca, háganlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre*”.

²⁰ RAVASI, G. – TUROLDO, D. M., *Il canto della rana. Musica e teologia nella Bibbia*, Ed. Piemme Spa, 2003, p. 118.

²¹ *Ibid.*

y espiritual, cristológica y eclesial. Ravasi dirá que no por nada para Pablo la catequesis y las exhortaciones morales deben expresarse propiamente en el canto. En efecto afirma que se “amaestra” (en griego *didaskontes*, es decir hacer catequesis) y se “amonesta” (en griego exhortación ética), “cantando”. El canto es, pues, una vía catequética, un llamado a la conciencia, tiene una precisa función eclesial²².

Por lo dicho, no es de extrañar que al “canto de himnos” lo acompañe el signo, –telúrico en este caso–, y de improviso el terremoto, que sacude hasta los cimientos de la cárcel, es decir, la tierra misma. El itinerario es entonces: 1) canto - escucha de los presos; 2) terremoto; 3) apertura de las puertas/cadenas; 4) despertar del carcelero/espada; 5) grito de Pablo. Por último, algo grandioso en medio de la noche y que permite el “seguro” descenso del carcelero (sin nombre...) a la mazmorra, a lo más interior: “pide luz”. No dice quién se la da, y se aventura valientemente –como un héroe– en el lugar. El carcelero tiembla, como lo hizo primero la “casa/cárcel”, postrándose ante Pablo y Silas. Es sacudido casi como el caracol de púrpura para que ofrezca su “tonalidad”: para ello pide luz y las aguas bautismales harán su trabajo. La *iluminación* del Bautismo le devolverá su dignidad a él y a los de su casa.

El itinerario sensorial es el siguiente: 1) audición/canto/presos; 2) tacto/ (terremoto/apertura puertas/caída de cadenas); 3) visión/apertura de los ojos del carcelero (se despierta) y petición de luz, temblor (terremoto interior): recibe el anuncio de la fe. En estos sucesos no se habla de quedar “llenos” del Espíritu, no sucede nada aéreo, pero hay conmoción de la tierra y conmoción del carcelero: todo cambia, secretamente. “*Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará*”. Y también: “*¡Voz de tu trueno en torbellino! (...), la tierra retemblo estremecida... y no se descubrieron tus pisadas*” (Sal 76,19-20). El Pentecostés de Hch 2 habla de “quedar llenos”, quizá estemos en la contracara, este pentecostés es más abismal, resalta más la “ausencia” como un modo del obrar divino.

Es de notar que la voz fuerte que emerge desde las profundidades de Pablo salva al carcelero de auto eliminarse, es decir, de fracasar en el descenso a las profundidades, de ser en definitiva un anti-héroe: “*No te hagas nada malo, estamos todos aquí*” (v. 28). Estas palabras son como un oráculo que emerge de las profundidades, tienen valor universal, misterioso, siguen resonando en toda gruta, caverna, en el Hades: para todos los que descienden a las profundidades. Qué luminoso es en este sentido lo que dice G. Bachelard:

“Las voces de la tierra son consonantes. De los otros elementos son las vocales, del aire sobre todo el aliento de una boca dichosa, dulcemente entreabierta. La palabra de energía y de cólera necesita del temblor del suelo, del eco de la roca, del fragor cavernoso. La voz *cavernosa* se

aprende, se profundiza por el consejo de la caverna. Cuando sea posible sistematizar los valores de la voz voluntaria, nos daremos cuenta de que queremos imitar toda la naturaleza. La voz rocallosa, la voz cavernosa, la voz rugiente, son voces de la tierra. Es la palabra difícil, dice Michelet, la que hace a los profetas. Si las voces que salen del abismo son confusas es porque son proféticas”²³.

Este carcelero sí se atrevió a aventurarse en el sótano –contrariamente al caso de Jung–, y en un gesto sumamente significativo “pide luz” y entra de ¡un salto!, arrojándose a los pies de Pablo y Silas. Los “saca para afuera” y pregunta por lo que tiene que hacer para salvarse. Recuerda el “hacer” del Buen Samaritano (Lc 10,29 ss.), que pasó y vio al hombre tirado en el camino, al cual “venda sus heridas” (v. 33). El carcelero ve ahora las heridas de sus reclusos, ¿y de sí mismo? Ahora *ve*, se le abrieron las “puertas” del corazón. Este carcelero, al que se le removieron los cimientos de su casa, abriendo las puertas de par en par, deja salir la compasión con los prisioneros y reconoce la necesidad de la salvación: es decir que alcanza su verticalización como el “macedonio” y pide ayuda. Pablo y Silas lo invitan a creer en el Señor Jesús e inmediatamente, en la noche, el mismo carcelero lava sus heridas.

En medio de la cárcel y de la oscuridad de la noche, hay un “*agua nocturna*” –como el agua de la Vigilia Pascual–, un agua curativa, y un agua de nuevo nacimiento, agua de Bautismo. “He ahí la *roca vivida*, el vientre de las rocas que cobra conciencia de todas sus potencias. ¿Debe sorprendernos que el agua (...) que surge de ese modo (...) sea mineral, bondadosa, saludable, que traiga la salud, la riqueza?”²⁴. La cárcel, como un laberinto de muchas puertas, de donde puede salir cualquier preso no deseado, se transforma en una caverna cósmica donde se oye el murmullo de las aguas: “*Qué bien sé yo, la fonte que mana y corre, aunque es de noche*”, y también: “*Aquí se está llamando a las criaturas, y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, porque es de noche*”²⁵. Así como la luz brilla en las tinieblas, aquí el agua brota de entre las tinieblas de la noche, de la roca de los cimientos. “*Ni manantial ni origen, estaba allí hacía milenios*”, agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4): “*y sé que toda luz de ella es venida, aunque es de noche*” (san Juan de la Cruz). El terremoto abrió la fuente oculta, el temor del carcelero es un temor cósmico, un “miedo antropocósmico”. No se vuelve al seno materno, se vuelve al seno de la tierra, en

²³ BACHELARD, G., *La Tierra...*, *op. cit.*, p. 221.

²⁴ BACHELARD, G., p. 187.

²⁵ S. JUAN DE LA CRUZ, “Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe”, en: *Obras Completas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1982.

donde las aguas primordiales todavía curan, todavía se puede nacer del agua y del Espíritu: es la gracia del Bautismo que Pablo y Silas han despertado en la noche de la humanidad pagana. Antes de subir a la casa en lo alto —expresando de esta manera la conquista serena de la propia verticalidad/dignidad—, la casa, el sótano/mazmorra/cárcel de dentro, las profundidades terrestres y acuáticas, la casa y el carcelero encuentran una totalidad por la profundidad.

La casa ahora es un “ser viviente”. Ahora puede encontrar la escalera por donde suben y bajan los ángeles. Ahora se puede subir a la planta superior integrando la inferior, lúcido y humilde. Extraído de las profundidades de la tierra, entra en las aventuras de lo alto. Es una resurrección. Se ha encontrado el eje del mundo, se ha unido el cielo y la tierra. Se prepara la mesa reflejando por fin la intimidad en su centro. Nos hemos elevado desde las profundidades de la tierra hasta la morada de un alma que cree en el cielo: “*se alegró con toda su familia por haber creído en Dios*” (v. 34). La fiesta es el momento donde se celebra la fundación de un grupo, por ejemplo familiar, político o religioso. Es en la misma línea de lo que exhorta la *Carta a los Hebreos*, de mantenernos firmes en el camino del cumplimiento sabático. Ese *hoy* (Hb 3,14) del que habla David (*Sal* 95,7 ss.), que es apertura siempre nueva a partir de la fidelidad y en la segura confianza del principio. “*Si oís hoy su voz, no endurezcáis el corazón*” (Hb 4,7). “*Esforcémonos, pues, por entrar en ese descanso*” (Hb 4,11). Es fiesta de un mundo nuevo, reconciliado, que ha recobrado la verdadera dignidad de los hijos de Dios.

El carcelero y su familia recobraron la verticalidad de lo humano, la escalera por la que suben y bajan los ángeles de Dios. Pero también la horizontalidad fraterna en la mesa festiva, preparada por la compasión y el ascenso. Una cruz cósmica manifiesta así toda su gloria:

*“¡Despertarán jubilosos
los que habitan en el polvo!
Porque tu rocío es rocío de luz,
y la tierra de las sombras parirá”* (Is 26,19).

Se trata de entrar en la propia casa por el laberinto del oído, conmocionados por el canto/anuncio de la Palabra de Dios, que me hace sentir/tocar esa Palabra de Vida (*I Jn* 1,1). Conmocionado, me ayuda a descender serenamente a las profundidades en las cuales aún no nos hemos aventurado, para ascender por la escala oculta, secreta e insinuada por el relato-Escritura: “*los hizo subir a su casa*” (v. 34), “*por la secreta escala, disfrazada, (...) a oscuras y en celada, estando ya mi casa sosegada*”²⁶.

Como dice Melitón de Sardes, “un ladrón es justificado y ha robado el Paraíso” (*Himno 39*). Parafraseando, de la mano de santa Teresa, podemos decir que, “el carcelero ha hecho a Dios su cautivo y libre su corazón”.

Pquia. Ntra. Sra, de los Dolores y Tierra Santa
Av. 8 de Octubre 2757
CP 11600, Montevideo
URUGUAY